

Meg se lo dijo estampando los labios en las mejillas de Lillian, y estrechando entre sus brazos (¡ay! hartó lo vio entonces) un corazón destrozado.

—¡Que las bendiciones del cielo desciendan sobre vos, adorada mía! ¡Dadme otro beso, uno solo! ¡En nombre de Aquél que también sufrió que la pecadora se echara á sus pies y los enjugara con sus cabellos! ¡Oh, Meg! ¡Cuánta compasión! ¡Cuanta misericordia!

Y mientras ella caía muerta, el pequeño espíritu se presentó de nuevo, inocente y radiante, tocó al viejo con la mano, y le indicó con un gesto que se alejara con él.



CAPÍTULO IV

ÚLTIMO CUARTO

DURABA aun alguna reminiscencia de las figuras fantásticas aparecidas en las campanas; alguna vaga impresión producida por los ecos del repiqueteo; algún sentimiento íntimo acompañado de vértigos que le renovaba la visión de este enjambre de fantasmas reproduciéndose sin cesar á sus ojos, hasta que su recuerdo vino á perderse en la confusión de su innmerable multitud... Dominóle entonces una idea adquirida de prisa y sin saber cómo, de que ya habían pasado varios años; y Trotty, acompañado del pequeño espíritu contempló con grande atención una escena de familia.

...Aquellos mortales bienaventurados estaban gordos, tenían las mejillas sonrosadas, gozaban de todas las comodidades. No eran más que dos, pero gastaban colores por diez. Estaban sentados ante el fuego brillante, separados solo por una mesita baja; y á juzgar por la fragancia del té caliente y de los bizcochos, (que en este pequeño aposento debía perdurar más tiempo que en otra cualquiera parte) acababan de regalarse con un excelente refrigerio. Pero todas las copas y tazas estaban limpias y colocadas en su lugar correspondiente en la alacena del rincón, y la tostadera de cobre pendía de su clavo, extendiendo los cuatro dedos ociosos como si quisiera tomar la medida de un par de guantes; de manera que no quedaban más indicios visibles de la comida que acababa de celebrarse, que el runruneo del gato que se lamía los bigotes á la vez que calentaba sus patas delante del fuego, y la paz impresa en los rostros satisfechos, por no decir grasientos, de sus amos.

Aquella vistosa pareja (evidentemente marido y mujer) se había repartido el hogar con equidad absoluta; estaban sentados con toda comodidad, contem-

plando los fragmentos encandecidos de carbón que caían en la parrilla; ya dormitando y dando cabezadas, ya despertando de nuevo cuando un fragmento mayor se destacaba con estrépito de la masa como si fuese á arrastrar consigo todo el brasero.

No obstante, no habría por mucho tiempo el menor peligro de que el fuego se extinguiese; pues irradiaba no sólo en el pequeño aposento, y en los cristales de las puertas-vidrieras, y en las cortinas medio corridas que la guarnecían, sino aún en la pequeña tienda que desde allí se distinguía. Una tienda chiquita, enteramente atiborrada y ahogada por la abundancia de sus mercancías; una tienda chiquita verdaderamente voraz y de un buche acomodaticio y enorme como el de un tiburón. Queso, manteca, leña para la chimenea, jabón, conservas, fósforos, tocino, cerveza de mesa, peonzas, confituras, cometas, semillas para los pájaros, jamón frio, escobas de abedul, fogones de tierra, sal, vinagre, lustre para las botas, arenques ahumados, efectos de escritorio, manteca de cerdo, setas en salsa picante, cordones para corsé, panecillos, volantes, huevos y lápices de pizarra; todo era útil

para el abdomen de la pequeña tienda chiquita, todo pez bueno para sus mallas. Todavía contenía más cosas, hasta hacerse imposible enumerarlas: pelotas de hilo bramante, ristras de cebollas, paquetes de bujías, cestos y cepillos pendían en manojos del techo, como otros tantos frutos raros; mientras varios botes de formas diferentes que exhalaban aromáticos perfumes, atestiguaban la veracidad de la inscripción escrita sobre la puerta exterior, la cual salía garante de que el dueño de esta pequeña tienda estaba debidamente autorizado para vender te, café, tabaco, pimienta y rapé.

Echando una mirada á los artículos que se distinguían á los reflejos de la llama del hogar, ó á la luz menos agradable de dos lámparas humeantes, asfixiadas, de la misma tienda, cuya plétora parecía pesar con todo supeso sobre sus pulmones sofocados, y luego volviendo la mirada al rostro de una de las dos personas sentadas junto al fuego en el pequeño aposento, Trotty reconoció sin gran dificultad, en la gruesa y vieja dama, á Mistress Chickenstalker, que siempre había tenido propensiones á la obesidad, aún en los días en que Trotty

la conoció en su establecimiento de varios géneros, con un pequeño saldo contra él en sus libros.

Los rasgos de su compañero ya eran más difíciles de reconocer. Aquella larga barba, en cuyos pliegues podía ocultarse un dedo, aquellos ojos atónitos que parecían consultarse consigo mismo para saber si continuarían hundiéndose cada vez más en la blanda grasa de la cara; aquella nariz, afligida por la desordenada influencia ejercida en sus funciones por la enfermedad generalmente llamada catarro nasal: aquel cuello grueso y corto, aquel pecho asmático, y otras lindezas del mismo género, aunque propias para quedar impresas en la memoria, no recordaron inmediatamente á Trotty á ninguna de las personas que había conocido, y no obstante le suscitaban confusa remembranza. Al fin, en la persona doblemente asociada —asociada al comercio de varios géneros de Mistress Chickenstalker y al otro comercio de su existencia matrimonial,—Trotty reconoció al antiguo portero de Sir José Bowley, aquel bienaventurado apoplético que desde hacía muchos años estaba inseparablemente unido en su pensamiento á Mistress

Chickenstalker, porque él fué quien le hizo penetrar en la mansión donde tuvo que confesar sus deudas con esta señora, atrayendo sobre su cabeza infortunada tan graves reproches.

Un cambio de esta naturaleza no podía despertar un interés muy vivo en Trotty, después de las mudanzas que había visto; pero la asociación de ideas, que tiene algunas veces una fuerza considerable, le hizo mirar involuntariamente detrás de la puerta vidriera, donde los créditos hechos á los parroquianos estaban generalmente escritos con yeso. Su nombre no estaba allí; pero se leían otros que le eran completamente desconocidos; la lista, por otra parte, era mucho menos larga que en otro tiempo, de lo cual dedujo que el antiguo portero era partidario de las ventas al contado, y que en cuanto entró en el comercio lo primero que procuró fué saldar las cuentas con los parroquianos atrasados.

En medio de la profunda tristeza que sentía Trotty por haber visto marchitarse la juventud de su querida hija, y desvanecerse las esperanzas que en ella había fundado, ¿quién creyera que sintió una sensación amarga al verse des-

poseído de su título de deudor en el gran libro de Mistress Chickenstalker?

—¿Qué tiempo hace esta noche, Ana?—preguntó el antiguo portero de Sir José Bowley estirando las piernas delante del fuego y frotándose las todo cuanto se lo permitía la brevedad de sus brazos, con un aire que parecía expresar: «Aquí me quedo si hace mal tiempo, y si lo hace bueno, no siento el menor deseo de verme».

—Hace viento y graniza—respondió su mujer.—Parece que tendremos nieve. Hace mucho frio. La noche está obscurísima.

—Siento una grata satisfacción al pensar que hemos tenido bizcochos—dijo el antiguo portero con el tono de un hombre que acaba de ponerse en paz con su conciencia.—Es una noche verdaderamente propia para bizcochos, y galletas, y bollos.

El antiguo portero enumeró sucesivamente estas diversas clases de golosinas como si hubiera hecho una recopilación mental de sus buenas acciones. Después de lo cual, rascóse de nuevo las gordas piernas, y cruzando sus rodillas una sobre otra, para exponer mejor al fuego las partes que aún no estaban tostadas,

echóse á reir, como si alguien le hiciese cosquillas.

—Estáis de muy buen humor, querido Tugby—observó su esposa.

La razón social era: «Tugby, antes Checkenstalker».

—No—dijo Tugby.—No es nada de particular. Me siento un poco animado. ¡Los bizcochos llegan tan oportunamente!

Y al decir esto, se puso de nuevo á reir con tanta fuerza, que su cara subió de color hasta llegar casi al negro; de manera que para devolverla á un matiz más natural, hizo ejecutar á sus macizas piernas los ejercicios más extraños en el aire, hasta que un buen puñetazo asestado en la espalda por su robusta mitad, —la cual, no contenta con esta primera advertencia se puso á agitarlo como si fuese una dama-juana—le redujo á guardar el decoro debido.

—¡Bondad divina!—exclamó Mistress Tugby, consternada.—¡Que el cielo se apiade de nosotros y venga en auxilio de nuestro hombre! ¿Qué tenéis?

Mister Tugby se enjugó los ojos y repitió, desmayadamente, que se sentía algo animado.

—Pues bien, amado mío, no insistáis

á tales contorsiones, si no queréis que muera de terror.

Mister Tugby prometió no volver á las andadas en su vida, aunque su existencia entera consistiese en una lucha perpétua contra la exhuberancia de salud, á juzgar por su respiración, cada vez más jadeante y por el color amoratado de su cara, cada vez mas acentuado, síntomas precursores de su derrota en esta lucha pletórica.

—De modo que hace viento y graniza y tendremos nieve. La noche está obscurísima y hace mucho frío, ¿no es eso, amada mía?—dijo Mister Tugby, mirando al fuego y recobrando, después de esta explosión pasajera, su deliciosa animación.

—Un tiempo verdaderamente perro—respondió su esposa, sacudiendo la cabeza.

—Sí, sí—dijo Mister Tugby.—Los años se parecen á los cristianos en este punto. Unos tienen una muerte dolorosa; otros una muerte dulce. Al actual no le restan más que algunos días de vida; y lucha enérgicamente antes de entornar los ojos. No por esto le quiero menos. ¡Ah! he aquí un parroquiano, amor mío.

Atenta al ruido de la puerta, Mistress Tugby se levantó de repente.

—¡Allá voy!—dijo la señora, pasando á la tiendecita.—¿Qué se ofrece? ¡Oh! ¡Perdón, caballero! ¡No pensaba que fuérais vos!

El personaje á quien Mistress Tugby dirigía estos cumplidos, era un caballero vestido de negro, el cual, con las vueltas de sus mangas levantadas, el sombrero negligentemente inclinado sobre la oreja, y las manos en los bolsillos, entró, se sentó sobre el barril de cerveza, y respondió con un movimiento de cabeza.

—Muy malo está lo de arriba, Mistress Tugby—dijo el caballero.—El hombre no tiene vida para mucho rato.

—¿Habláis de la buhardilla interior?—exclamó Tugby, entrando en la tienda, para mezclarse en la conversación.

—La buhardilla interior, Mister Tugby—dijo el caballero,—baja la escalera tan rápidamente, que pronto estará más baja que el piso de la calle.

Luego, contemplando alternativamente á Tugby y á su esposa, hacía resonar el barril golpeándolo con los nudos de los dedos para saber á donde

llegaba la cerveza; cuando hubo encontrado la parte hueca, empezó á tocar una tonada, golpeando la duela.

—La buhardilla interior, Mister Tugby, se va—dijo el caballero, viendo á éste sumido en una consternación silenciosa.

—Entonces—dijo Tugby, volviéndose á su esposa,—es preciso, ¿comprendes? que se vaya antes que se lo lleven.

—No creo que os sea posible hacerle transportar—dijo el caballero vestido de negro, sacudiendo la cabeza.—Yo no quisiera asumir la responsabilidad de decir que eso es posible. Será mejor dejarlo donde está. No puede vivir mucho.

—Es el único asunto sobre el cual hayamos tenido alguna discusión mi esposa y yo—dijo Tugby, haciendo caer el plato de las balanzas de pesar manteca, bajo el peso de su puño.—Ahora veis cuan positivamente me asistía la razón. Después de todo, va á morir aquí. ¡Morir en nuestra propiedad, en nuestra casa!

—¿Y á dónde queríais que fuese á morir, Tugby?—exclamó su esposa.

—En el hospital—respondió éste.—¿No se fundaron para esto los hospitales?

—No,—replicó Mistress Tugby con

grande energía;—¡no se fundaron para esto! Ni yo me casé con vos para esto. No penséis tales cosas, Tugby; no lo quiero; no lo permitiré en manera alguna. Preferiría divorciarme y no volver á veros en mi vida. Cuando mi nombre de viuda figuraba en esta puerta, donde se ha podido leer tantos y tantos años, cuando esta casa era conocida en todo el barrio, bajo la razón de Chickenstalker, y citada solo por su buen crédito y su excelente reputación; cuando mi nombre de viuda figuraba en esta puerta, Tugby, les conocí; él era un gallardo y guapo mozo, lleno de buena voluntad y de vigor; ella, la más graciosa y dulce criatura; conocí al padre, (el pobre anciano se cayó de lo alto del campanario en un acceso de sonambulismo, y se mató): era el ser más sencillo, más laborioso, inocente y sin malicia como un recién nacido. ¡Si los echo de mi casa, que los angeles me echen del cielo! ¡Así lo harían seguramente, y de sobra lo tendría merecido!

Su cara añosa, que fué rolliza y con graciosos hoyuelos antes de sobrevenir tantos cambios, parecía rejuvenecerse mientras pronunciaba estas palabras; y

cuando, después de enjugarse los ojos, sacudió la cabeza y el pañuelo dirigiéndose á Tugby con una expresión de firmeza á la cual, evidentemente, no hubiese sido prudente resistir, Trotty decía:—¡Dios la bendiga! ¡Dios la bendiga!...

Después siguió escuchando con el corazón conmovido, lo que iba á seguir, pues aun no sabía nada, excepto que hablaban de Meg.

Si Tugby estaba un poco animado en el pequeño aposento, de sobra saldó sus cuentas en la tienda, pues aquí permanecía anodado, fijando en su mujer la mirada humilde, sin acertar á contestarle; no obstante deslizaba secretamente, sea por distracción, sea por medida de cautela, todo el dinero del mostrador en su bolsillo.

El caballero sentado á horcajadas sobre el barril de cerveza, y que parecía alguna autoridad médica encargada de cuidar oficialmente á los pobres del barrio, estaba evidentemente demasiado acostumbrado á estas pequeñas diferencias entre marido y mujer para interponer alguna observación en tales disputas. Continuó, pues, silbando muy suavemente y abriendo un poco el

grifo del barril, dejando caer algunas gotas de cerveza en el suelo, hasta que quedó restablecida enteramente la calma; entonces levantó la cabeza y dijo á Mistress Tugby, antes Chickenstalker.

—La mujer conserva un no se qué simpático en su persona, aun en las actuales circunstancias. ¿Cómo se casó con este humbre?

—¡Oh! este pasaje—dijo Mistress Tugby sentándose á su lado—no es la parte menos cruel de su historia, caballero. Ricardo y ella se conocían desde muchos años. Cuando formaban una pareja rebosante de juventud y hermosura, todo estaba dispuesto para que se casasen un día de año nuevo. Pero no sé cómo, á lo mejor Ricardo se emperró en lo que le dijeron unos grandes señores: que no lo había pensado bien, que no tardaría en arrepentirse, que ella no era bastante rica para él, y que un hombre joven, lleno de fuerza y de porvenir como él hacía un mal negocio casándose. Los mismos señores trataron de amedrentarla á ella; le inspiraron el temor de verse abandonada por Ricardo; de presenciar la subida de sus hijos al patíbulo; de cosechar mil infortunios en su vida y otras mil lindezas. En una

palabra: que fueron aguardando, aguardando; su confianza mútua se alteró poco á poco, y en definitiva, el casamiento se rompió. Pero la culpa fué de Ricardo. Ella se hubiera casado gozosa, caballero. Muchas veces le ví con el corazón angustiado cuando él pasaba por su lado, con ademán indiferente y soberbio: y jamás mujer alguna se afligió como ella cuando Ricardo empezó á descarriarse.

—¡Oh! ¿Empezó á descarriarse?—dijo el caballero sacando el tapón del barril procurando por la abertura mirar al fondo.

—Tanto, señor, que no sé si estaba en sus cabales. Yo creo que su juicio se turbó un poco á consecuencia de esta ruptura; y que de no haber mediado la fatal vergüenza que le inspiraban esos señores, ó tal vez la incertidumbre de cómo iba ella á juzgar su irresolución, hubiese arrostrado mil trabajos y pruebas para obtener de nuevo la promesa y la mano de Meg. Esta es mi opinión. No lo dijo jamás; ¡ahí estuvo el desastre! Después dióse á la bebida, á la holganza y á las malas compañías: recurrió á todos los medios para aturdirse y olvidar la dicha que habría podido alcanzar. Y en

esto perdió su buen aspecto, su buena reputación, su salud, sus fuerzas, sus amigos, su trabajo; ¡todo, absolutamente todo!

—Absolutamente todo no, Mistress Tugby—respondió el caballero—puesto que ganó una mujer; y quisiera saber cómo fué.

—A ello voy al instante, caballero. Las cosas siguieron así años y años; él hundiéndose cada vez más; ella, pobre criatura, sufriendo miserias sin cuento para sostener su vida. En fin, él cayó tan bajo, tan bajo, que nadie quiso emplearle ni saber nada de él; donde quiera que se presentaba, cerrábanle la puerta. Yendo de un taller á otro y de una puerta á otra puerta, fué á encontrar por centésima vez á un caballero que le había empleado varias veces (pues era un buen obrero á pesar de todo); este caballero, que conocía perfectamente su historia, le dijo:—Creo que sois incorregible; no hay más que una persona en el mundo que pueda devolveros al buen camino; no volváis jamás á pedir mi protección, á menos que ella consienta en haceros cambiar de vida.—Este fué, poco más ó menos el lenguaje usado por el caballero en su cólera ó mal humor.

—¡Ah!—dijo el caballero del traje negro.—¿Y después?

—Después fué á encontrarla, y se echó á sus pies, y le contó todo lo que había pasado, y le suplicó que le salvase.

—¿Y ella?... No os conmováis así, Mistress Tugby.

—Ella vino la misma noche á pedirme que la dejara vivir aquí. «Lo que en otro tiempo fué Ricardo para mí—me dijo,—está enterrado para siempre en la tumba, al lado de lo que yo fui para él. Pero he meditado su petición, y quiero hacer esta prueba con la esperanza de salvarle, por el amor de aquella alegre joven (harto la recordáis) que debía casarse el día de año nuevo y por el amor de su Ricardo.» Luego añadió que había venido á verla de parte de Lillian; que Lillian se había confiado á él y que jamás olvidaría esto. Casáronse pues, y cuando se instalaron aquí, me dije al verles:—Espero que las profecías que les separaron en su juventud no llegarán á realizarse tan cruelmente, y en todo caso, por todo el oro del mundo no quisiera contarme entre estos profetas de desdichas.

El caballero vestido de negro saltó del barril de cerveza y estirando sus miembros observó:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Supongo que debió de maltratarla en cuanto estuvieron casados.

—No creo que la haya maltratado jamás—dijo Mistress Tugby, sacudiendo la cabeza y enjugándose los ojos.—Hasta se condujo bien durante algún tiempo, pero sus malas costumbres estaban demasiado arraigadas para que acertara á deshacerse de ellas; pronto recayó en sus vicios, é iba á perderse de nuevo, cuando se sintió violentamente atacado por la enfermedad. Creo que la ha amado siempre. Estoy segura de ello. Yo le he visto en medio de sus accesos, entre lágrimas y temblores nerviosos, intentar besarle la mano; le oído llamarla «su amada Meg» y decirle: «Hoy cumplen diez y nueve años que nos conocimos». Hace semanas y meses que Ricardo no sale de la cama. Obligada á pasar todo el tiempo cuidándole á él y á su hija, Meg no puede dedicarse al trabajo como antes; incapaz ahora de entregarlo con la debida regularidad, no suele encontrarlo en ninguna parte, aunque, si lo hallara, tampoco podría trabajar. No sé cómo han podido vivir.

—Yo lo sé muy bien—murmuró Mister Tugby, mirando el cajón del mostrador, paseando luego los ojos por la tienda, y

fijándolos por último en su esposa, moviéndolos de una manera tan significativa que parecía un gallo de combate.

Fué interrumpido por un grito agudo, un triste lamento que partía del último piso de la casa. El joven médico se precipitó hacia la puerta.

—Amigo mío—dijo volviéndose,—no es necesario discutir si es preciso trasladarle ó no. Me parece que os ha ahorrado este trabajo.

Y hablando de este modo, subió rápidamente la escalera, seguido de Mistress Tugby, mientras su digno esposo jadeaba y refunfuñaba entre dientes en pos de ellos, avanzando pausadamente; la carga añadida á su peso ya considerable (el contenido del cajón, en el cual figuraba una inconveniente cantidad de monedas de cobre) le hacía aún menos ligero y más asmático que de costumbre.

Trotty, siempre en compañía del niño, subió escalera arriba, rápido como el aire.

—«¡Síguelal ¡Síguelal ¡Síguelal!»

Y oía repetir á las voces fantásticas de las campanas mientras subía: «¡Aprende en el ejemplo de la criatura más cara á tu corazón!»

¡Todo había concluído! ¡Todo había concluído! ¡Allí estaba Meg, el orgullo y la alegría de su padre! ¡Aquella mujer macilenta, de aspecto miserable, que lloraba sobre el lecho, si aquel revoltijo merecía tal nombre, estrechando contra su corazón á una niña, y dejando caer sobre ella la cabeza! ¿Cómo ponderar lo flaca, raquítica y enfermiza que era la pobre niña? ¿Y cómo ponderar lo mucho que le amaba?

—¡Gracias á Dios!—exclamó Trotty juntando las manos y elevándolas al cielo.—¡Oh, sí, Dios sea loado! ¡A lo menos, ama á su hija!

El caballero del traje negro que no era más insensible ó más indiferente que cualquier otro á esta clase de escenas—las presenciaba todos los días y las consideraba como otras tantas cifras insignificantes destinadas á figurar en las tablas estadísticas de Mister Filer, como simples rasgos de pluma en sus cálculos,—puso la mano sobre el corazón que había dejado de latir, lo auscultó para asegurarse de sí el infortunado respiraba todavía y dijo:

—Sus sufrimientos han terminado.
¡Dichoso éll!

En tanto Tugby se esforzó en consolar

á la viuda con gran cariño. Mister Tugby la aconsejó filosofía.

—¡Vamos, vamos!—dijo, sin sacar las manos de los bolsillos;—no hay que desesperarse. Esto á nada conduce. Debéis luchar con energía. ¿Qué hubiera sido de mí si cuando era portero me hubiese dejado abatir por los contratiempos? Estaban entonces á la puerta de la casa, hasta seis coches de dos caballos, piafando toda la noche. Pero ¡bah! jamás perdía la cabeza, conservaba toda mi presencia de ánimo, y... no abría mas que cuando era oportuno.

Otra vez Trotty oyó las voces que le decían:—«¡Síguela!»—Volvióse hacia su guía y vió que se alejaba elevándose en el aire: luego, desapareció, repitiendo:—«¡Síguela.»

Entonces se cernió sobre su hija, dió algunas vueltas á su alrededor, sentóse á sus pies, contempló su semblante con grande atención para descubrir alguna vislumbre de lo que había sido en otro tiempo y escuchó, ansioso de oír una nota de su voz, un día tan dulce y cariñosa, y voló alrededor de la niña, tan pálida, tan prematuramente vieja, tan espantosa en su gravedad, tan débil y triste, y que lloraba lastimosamente.

Sintió casi adoración por la miserable criatura, viendo en ella la única salvaguardia de su hija, el único anillo no quebrado que la unía á una existencia de dolores. Puso todas sus esperanzas de padre en esta frágil cabecita, y espiando todas las miradas que le dirigía su madre teniéndole en brazos, exclamó mil veces:—¡La ama! ¡Dios sea loado! ¡La ama!

Vió á la buena vecina hacerle compañía toda la noche, abandonándola solo un momento, para volver á su lado en cuanto su marido, enfurruñado, se hubo dormido, y todo quedó en silencio; víola procurando infundirle ánimo, llorar con ella, servirle un refrigerio. Vió asomar el día y volver otra vez la noche. El día, la noche, el tiempo no se detiene; la muerte abandonó la casa mortuoria, quedando en la sombría estancia Meg, sola con su hija; oyó á esta llorar y gemir, atormentar á su madre fatigada, y cuando caía rendida por la debilidad, y el sueño ¡cómo la despertaba volviéndola á la realidad de su infortunio, como la atraía hacia ella y la torturaba con sus manecitas; sin que Meg cesase de estar atenta, dulce y paciente para con ella! ¡Paciente! No era paciencia, sino

amor tiernísimo, amor materno: la débil existencia de aquel angel estaba tan íntimamente unida á la suya como cuando lo llevaba en sus entrañas.

En esto, la miseria se hacia sentir vivamente; Meg sucumbía rápidamente, víctima de crueles, de terribles privaciones. Con su hija en brazos, iba errante de un lado á otro buscando trabajo; y cuando lo habia encontrado por una miserable cantidad, trabajaba sin descanso, con su pálida niña sobre las rodillas mirándole con los ojos velados. ¡Un día y una noche de trabajo penoso para ganar tantos sueldos como cifras hay en el cuadrante del reloj! Y con todo ¡maltrató alguna vez á su hija, ó dejó de cuidarla, ó le dirigió una mirada de rabia, ó le pegó en un instante de extravío? ¡Ah, no! Nunca dejó de amarla. Esto era el consuelo de Trotty.

A nadie hablaba de su miseria; pasaba todo el día vagando por las calles sin ningún objeto, para evitar que la interrogara allá arriba su única amiga; ya que los socorros que recibía de sus manos ocasionaban siempre nuevas disputas entre ella y su marido, y constitufa para Meg un nuevo dolor el verse

diariamente causa de riñas y discordias en una casa que le había prodigado tantos favores.

Continuaba amando á su hija; le amaba más y más cada día. Pero este amor vino á cambiar de aspecto una noche.

La pobre madre estaba cantando á media voz para adormecer á su niña, paseandose por el cuarto para acallar sus gritos, cuando la puerta se abrió suavemente y apareció un hombre.

—Por última vez—dijo entrando.

—¡William Fern!

—¡Por última vez!

Y escuchando, como aquél á quien persiguen, dijo en voz baja:

—Margarita, he llegado al final de mi camino, y no puedo terminarlo sin dirigiros un adiós de despedida, sin deciros una palabra de reconocimiento.

—¿Qué habéis hecho?—preguntó Meg, mirándole aterrorizada.

William la contempló á su vez, pero sin contestar.

Después de un momento de silencio, movió la mano, como si quisiera evitar la pregunta y echarla lejos de sí, y dijo:

—Ya hace mucho tiempo, Margarita; pero aquella noche está fresca en mi me-

moria. Entonces no pensábamos—añadió paseando sus miradas en derredor—que debiésemos volver á encontrarnos un día de esta manera... ¿Vuestra hija, Margarita? Dejad que la tome en mis brazos. Dejadme un momento vuestra hija.

Echó el sombrero al suelo y tomó la niña; y al levantarla temblaba de pies á cabeza.

—¿Es una niña?

—Sí.

Will puso la mano en aquella carita.

—¡Qué débil me he vuelto, Margarita! Ni valor tengo para mirarla. Dejádmela un poco más. No le haré ningún daño. Hace mucho tiempo, pero... ¿Cuál es su nombre?

—Margarita—respondió ella vivamente.

—¡Me gusta—dijo él,—me gusta!

Pareció respirar más libremente, y después de un corto intervalo apartó la mano y contempló la cara de la criatura. Pero la tapó de nuevo inmediatamente.

—¡Margarita!—dijo devolviendo la niña á su madre.—Es la misma cara de Lillian.

—¡De Lillian!

—Tuve en mis brazos la misma niña, al morir la madre de Lilian dejándola abandonada.

—¿Al morir la madre de Lilian dejándola abandonada?—repitió Meg azorada.

—¿Por qué habláis en este tono y me miráis tan fijamente, Margarita?

Meg se dejó caer sobre una silla; estrechó á su hija contra el pecho y la inundó de lágrimas. Tan pronto dejaba de besarla para posar en su rostro una mirada inquieta, como volvía á estrecharla y cubrirla de besos. Y en estos momentos, cuando la contemplaba fijamente, se veía que un sentimiento feroz y terrible empezaba á mezclarse á su amor. Entonces fué cuando su anciano padre se descorazonó.

—¡Síguela!—dijo una voz que resonó en toda la casa.—¡Aprende en el ejemplo de la criatura más cara á tu corazón!

—Margarita—dijo Fern inclinándose hacia ella y besándola en la frente,—os doy las gracias por última vez. Buenas noches. Adiós. Dadme la mano y decidme que vais á olvidarme para siempre procurando persuadiros de que en este mismo instante acabo de existir.

—¿Qué habéis hecho?—volvió á preguntar Meg.

—Esta noche habrá un incendio—dijo Will, separándose algunos pasos.—Y habrá incendios todo el invierno para iluminar las noches oscuras, en el este, en el oeste, en el norte y en el sud. Cuando veáis el lejano horizonte enrojecido, lo estará por el incendio. Cuando veáis el lejano horizonte enrojecido no penséis en mí, y si no podéis evitarlo, acordáos del infierno que ardió en el fondo de mi alma y figuráos que véis un reflejo de él en las nubes. Buenas noches. ¡Adiós!

Meg le llamó; pero ya había partido. Sentóse estupefacta, hasta que los gritos de su hija vinieron á recordarle el hambre, el frío, la obscuridad. Toda la noche estuvo paseando por el cuarto llevándola en brazos tratando de calmarla y adormecerla. A intervalos repetía: «¡La misma cara de Lilian, cuando su madre murió dejándola abandonada!» ¿Por qué sus pasos eran tan bruscos, sus miradas tan salvajes? ¿Por qué su amor tomaba un carácter tan fiero y terrible cada vez que repetía estas palabras?

—¡Ah! Esto es amor, es amor puro—decía Trotty.—Es amor. No dejará de amarla nunca. ¡Pobrecita Meg!

Á la mañana del siguiente día, Meg vistió á su hija con desusada atención (¡qué inutilidad de cuidados para tan pobres ropas!) y salió á la calle para buscar todavía algún medio de subsistencia. Era el último día del año. Hasta la noche lo buscó sin descanso, y sin comer ni beber. Todo fué inútil.

Mezclóse con una abyecta muchedumbre que esperaba entre la nieve que algún empleado encargado de distribuir los socorros de la caridad pública (la caridad legal, no la que fué predicada un tiempo en la Montaña) se decidiese á introducir á su presencia á aquellos infortunados, interrogarles y decir á uno: «Id á tal parte»; á otro: «Volved la próxima semana»; despidiendo á otro como á una pelota á quien se empuja de un lado á otro, de mano en mano, de casa en casa, hasta que rendido de hambre y de fatiga caiga y muera, á menos que se levante y haga un supremo esfuerzo para robar lo que pueda; porque entonces ya le tenemos convertido en un criminal privilegiado cuyas reclamaciones no admiten dilación.

También allí fracasó Meg. Como amaba tanto á su hija, no quiso separarla un

sólo instante de su corazón; bastó esto para obtener una negativa.

Era de noche, noche oscura, fría, penetrante, cuando estrechando á su hija contra su seno para darle un poco de calor, llegó á la puerta de la habitación que ella llamaba su casa. Estaba tan débil, era víctima de tales aturdimientos, que ni siquiera se dió cuenta de que un hombre estaba de pie en el umbral. Iba á pasar la puerta, cuando reconoció al casero que se había atravesado en el portal obstruyéndolo por completo, cosa no muy difícil dada su gordura.

—¡Ah!—dijo en voz baja—¡por fin habéis vuelto!

Meg contempló á su hija y sacudió la cabeza.

—¿Creéis que no vivisteis aquí bastante tiempo sin pagar el alquiler? ¿No os parece que ya hace demasiados días que honráis gratis mi tienda?—dijo Mister Tugby.

Meg repitió la misma apelación muda á su piedad.

—Supongamos que fuéseis á probar la misma suerte en otra parte cualquiera—continuó.—Supongamos que os buscáis otro alojamiento. ¡Vamos! ¿No creéis que es posible un arreglo así?

Meg respondió en voz baja que era muy tarde... Tal vez mañana...

—Ya veo lo que queréis—dijo Tugby—y cuáles son vuestras intenciones. Sabéis que en esta casa hay dos partidos respecto á vos, y queréis ponerlos en pugna. No quiero más disgustos, y por esto os hablo suavemente; pero si no os marcháis hablaré fuerte, y tendréis el placer de causar un nuevo escándalo. Pero de todos modos, no entraréis. Estoy firmemente resuelto.

Meg se pasó la mano por la frente echando atrás los cabellos, y dirigió los ojos al cielo, buscando un poco de luz en medio de la obscuridad que la envolvía.

—Estamos en la última noche del año y no quiero en modo alguno, para daros gusto á vos ó á cualquiera otro,—dijo Tugby, verdadero amigo y padre del pobre en miniatura—aplazar para el año nuevo el mal humor, las querellas, las discordias del que acaba. Me asombra que no os avergüence transmitir al año nuevo una carga semejante. Si no tenéis en el mundo otra misión que lamentaros siempre, y provocar constantemente discusiones entre marido y mujer, más valdría que os fuérais de este mundo. Ea, pues, ¡marchaos!

—¡Síguela hasta la desesperación!

El anciano oyó de nuevo las voces. Levantando los ojos, vió á los fantasmas cernerse en el aire y señalar con el dedo el camino que Meg seguía á través de las tinieblas de la calle.

—¡La quiere!—exclamó con angustia suplicante.—Queridas campanas, sigue queriéndola tiernamente, ¿no es así?

—¡Síguela!

Y las sombras se deslizaban como una nube, rozando la tierra por el camino que Meg seguía.

Trotty se juntó á ellas para seguirla; se puso cerca de su hija, contemplándole el rostro, y vió brillar en él aquella misma expresión feroz y terrible mezclada á la de su amor. Oyó también que repetía: «¡La misma cara de Lilian!... ¡Para caer como Lilian!...» Y redoblaba el paso.

¡Oh! ¿Y no había algo que pudiese volverla en sí? ¡Ni un objeto, ni un sonido, ni un perfume que despertara tiernos recuerdos en su cabeza ardiente? ¡Ni una dulce imagen del pasado se elevaría ante sus pasos?

—¡Yo era su padre! ¡Yo era su padre! —exclamaba el anciano tendiendo sus manos suplicantes hacia las sombras

tenebrosas que revoloteaban en torno á su cabeza.—¡Tened piedad de ella y de mí! ¡A dónde va? ¡Hacedla retroceder! ¡Yo era su padre!

Pero las sombras solo la señalaban con el dedo en su precipitada marcha y decían:

—¡Hasta la desesperación! ¡Aprende en el ejemplo de la criatura más cara á tu corazón!

Cien voces repitieron esta frase como un eco. La atmósfera estaba formada de su aliento al exhalarse estas palabras; Trotty parecía aspirarlas cada vez que abría la boca. Estaban en todas partes, no podía evitarlas. Meg, no obstante, aceleraba el paso con la misma llama en sus ojos, las mismas palabras en los labios:—¡Lo mismo que Lilian! ¡Para concluir como Lilian!...

De pronto se detuvo.

—¡Oh, hacedla retroceder ahora!—exclamó el anciano arrancándose los blancos cabellos.—¡Hija mía! ¡Meg! ¡Detenedla! ¡Dios mío, detenedla!...

Meg envolvió cuidadosamente el cuerpo de la niña en su chal gastado; con sus manos febriles acarició sus miembros delicados; compúsole el cabello; y arregló sus miserables pañales. Estre-

chóla entre sus brazos escuálidos, decidida á no separarse más de ella, y sus labios secos imprimieron en la frente de la débil criatura un tierno beso, suprema expresión de sus angustias y de la larga pero definitiva agonía de su amor.

Poniendo la manecita de la niña alrededor de su cuello, y manteniéndola opresa en los pliegues de su vestido contra su pobre corazón destrozado, apoyó sobre su hombro la carita de aquel angel adormecido, lo más allegada posible á su mejilla, y corrió hacia el río.

Hacia el río rápido y oscuro, sobre el cual se cernía una noche fría de invierno, semejante á los últimos pensamientos lúgubres y sombríos de una multitud de desgraciados, que antes que ella habían ido á buscar en su corriente un refugio contra el rigor de la suerte; las luces alineadas en sus orillas reflejaban sobre él una claridad pálida, como antorchas encendidas para iluminar el camino de la muerte; ninguna habitación, ninguna morada de ser viviente vé reflejar su sombra en la obscuridad profunda, impenetrable, triste, melancólica de las aguas.

¡Al río! Sus pasos guiados por la des-

esperación, la llevaban á este portal de la eternidad con la misma velocidad con que sus aguas van á sepultarse en el mar. Trotty quiso detenerla cuando pasó por su lado, corriendo, hacia el negro abismo; pero la infortunada, presa de una tremenda agitación, de una especie de delirio salvaje, dominada por aquel amor feroz y terrible, víctima de una desesperación que ninguna fuerza humana era capaz de reprimir ni detener, se deslizó como el viento por el lado del anciano.

Trotty la siguió, y vió que al llegar á la orilla se detuvo un momento antes de dar el horrible salto. El pobre anciano cayó de hinojos y lanzó un grito inarticulado, humildé súplica dirigida á los espíritus de las campanas que le rodeaban.

—¡Ya he aprendido bastante en el ejemplo de la criatura más cara á mi corazón!—exclamó Trotty.—¡Oh, salvadla, salvadla!

¡Por fin pudo agarrarla por los pliegues de su vestido! En el momento en que aquellas palabras se escapaban de sus labios, recobró el sentido del tacto y comprendió que la detenía.

Los espectros dirigieron hacia él sus ojos, mirándole fijamente.

—¡Ya he tomado ejemplo!—exclamó el buen anciano.—¡Oh, tened piedad de mí en esta hora, aunque, llevado por el amor á ella, tan joven y tan buena, calumniase á la naturaleza en las entrañas de las madres impelidas á la desesperación! ¡Perdonad mi presunción, mi perversidad y mi ignorancia, y salvadla!

Sintió que su mano cedía, que Meg iba á escaparle. Los espectros permanecían silenciosos.

—¡Tened piedad de ella!—exclamó;—inspira este crimen espantoso un extraño funesto de su mismo amor: ¡el amor más fuerte y más profundo que puede caber en seres caídos como nosotros! Pensad á qué extremo de miseria se ha visto reducida, y si no es natural que tales simientes den tales frutos. El cielo la hizo nacer buena; pero no hay en toda la tierra madre alguna á quien el amor de su hijo no condujera al mismo extremo, después de una existencia tan dolorosa. ¡Oh, tened piedad de mi hija, que hasta en este paso obra cediendo á la piedad por la suya, y se precipita á la muerte, y condena su alma inmortal, solo para salvarla!

Meg estaba en sus brazos, y él la es-

trechaba contra su corazón con la fuerza de un gigante.

—Veo entre vosotros al genio de las campanas—exclamó el anciano distinguiendo entre ellos al espíritu del niño y como inspirado por el influjo sobrenatural de sus miradas.—Ahora comprendo que nuestra herencia se nos da sólo en depósito por mano del tiempo. Reconozco que el tiempo se levantará un día como un océano ante el cual todos los que nos oprimen ó nos insultan serán barridos como hojas. Ya veo las primeras oleadas. Sé que debemos tener confianza, esperar y no dudar de nosotros mismos ni de los demás. He aprendido en la criatura más cara á mi corazón. De nuevo la estrecho en mis brazos. ¡Oh, espíritus compasivos y buenos, tomo el ejemplo que me habéis ofrecido, y os estrecho contra mi corazón al mismo tiempo que á ella! ¡Oh, espíritus compasivos y buenos, cuán reconocido os quedo!

Hubiera continuado hablando, pero las campanas, las campanas que le eran tan familiares desde antiguo; las campanas, sus queridas, constantes y fieles amigas, empezaron á sonar en alegre repiqueteo para anunciar el año nuevo,

tan vivamente, tan gozosamente, tan alborozadamente, que Trotty se levantó con sobresalto, rompiendo el hechizo que le tenía encadenado.

—Podréis opinar lo que os plazca, padre—dijo Meg—pero en lo sucesivo, no volváis á comer callos sin preguntar antes al médico si pueden haceros daño. ¡Qué sueño tan agitado habéis tenido, Dios mío!

Estaba sentada delante de la mesita, cerca del fuego, cosiendo lazos en su modesto traje de de boda. Pero tan feliz, tan tranquila, tan fresca, tan llena de juventud, de belleza y de risueñas esperanzas, que Toby lanzó una grande exclamación como si hubiese visto á un angel del cielo aparecer en su casa; luego corrió hacia ella con intento de estrecharla en sus brazos.

Pero sus pies tropezaron con el diario que había caído ante el hogar, y alguien se aprovechó de este retraso para precipitarse entre los dos.

—¡No!—gritó este alguien con voz franca y festiva.—No os corresponde á vos. No os corresponde á vos. El primer beso de Meg en el año nuevo es mío. ¡Mío! Hace una hora que estaba espe-

rando fuera á que las campanas sonasen para reclamarlo. ¡Meg, mi preciosa conquista, un feliz año! ¡Una vida de largos años de felicidad, mi adorada esposa!

Y Ricardo la asfixiaba á besos.

En toda vuestra vida visteis nada parecido á Trotty después de esta brusca interrupción. Poco me importa donde hayáis vivido ni lo que habréis visto; nunca, en ninguna parte, en vuestra vida habréis visto nada que se le pueda comparar. Sentábase en la silla y se golpeaba las rodillas llorando; volvíase á sentar y se las golpeaba riendo; sentábase de nuevo y se las golpeaba llorando y riendo á la vez; levantábase de su silla para abrazar á Meg; volvía á levantarse para abrazar á Ricardo; levantábase de nuevo para abrazar á los dos á la vez; corría hacia Meg, apretaba su fresco rostro con sus manos y la besaba; alejábase de ella á reculones para no perderla de vista y luego se le acercaba bruscamente, corriendo como las sombras chinescas de una linterna mágica; y después de cada uno de sus actos, sentábase continuamente en su silla, sin poder permanecer en ella ni un segundo; porque, esta es la verdad, estaba loco de alegría.

—¿Y mañana son tus bodas, hija mía? —exclamó Trotty. —¿Verdaderamente, felizmente, son tus bodas?

—¡Hoy! —interrumpió Ricardo, estrechándole las manos. —¡Hoy! Las campanas repican por el año nuevo. ¡Oídlas!

¡Así era en efecto: las campanas repicaban! ¡Benditos sean sus pulmones de bronce! ¡Cómo repicaban! Eran unas campanas grandes, unas campanas nobles, melodiosas, potentes, fundidas en un metal excelente, obra de algún artista distinguido! ¡Nunca habían sonado tan armoniosamente como ahora!

—Pero, hija mía—dijo Trotty—tú y Ricardo habéis tenido algún pequeño altercado, si no me engaño.

—Porque es muy malo, padre. ¿Verdad Ricardo?—dijo Meg.—Muy obstinado y violento. Figuráos que iba á decir sin ambages su manera de pensar á aquel Alderman, resuelto á suprimirle con la misma facilidad con que...

—Beso á Meg—sugirió Ricardo. Y lo hizo según lo dijo.

—No, basta de eso—dijo Meg...—Pero no se lo he querido tolerar, padre. ¿Qué hubiéramos conseguido?

—¡Ricardo, hijo mío! ¡Siempre habéis

sido un excelente muchacho, y lo seréis hasta la muerte! ¿Pero por qué llorabas esta noche, cerca del fuego, cuando yo llegué, hija mía?

—Porque pensaba en los años que hemos pasado juntos, padre. Por nada más. Y pensaba que me encontraréis á faltar cuando os veáis solo.

Trotty iba á sentarse de nuevo en la silla extraordinaria donde había pasado una noche tan rara cuando la niña, despertada por el ruido, acudió á medio vestir.

—¡Como! ¡Ya está aquí!—dijo el buen hombre levantándola en sus brazos.—¡Aquí está la pequeña Lilián! ¡Ah, ah, ah! ¡Y el tío Will también!—exclamó, deteniéndose en su trote para dirigirle un saludo cordial.—¡Ah, tío Will!—exclamó Toby.—¡Si supiérais la visión que he tenido esta noche por haberos alojado en mi casa! ¡Oh, tío Will! ¡Si supiérais lo obligado que os estoy, amigo mío, porque os vinsteis á vivir conmigo!

Antes que Will Fern pudiese contestar una sola palabra, una banda de música hizo irrupción en la sala, seguida de una multitud de vecinos que decían á voz en grito: —¡Feliz año nuevo, Meg! ¡Y feliz boda!... Acompañado de muchos

otros años!—Y muchas otras felicitaciones propias del día y del acontecimiento. El bombo, amigo particular de Trotty, se adelantó á todos y dijo así:

—¡Trotty Weck, mi buen camarada! Cunde la voz de que vuestra hija se casa mañana. No hay, entre todos vuestros amigos y conocidos, quien no os desee toda suerte de felicidades; y no hay quien conozca á Meg sin desearle asimismo toda suerte de prosperidades. En una palabra, no hay quien conozca á uno y otro sin que desee á los dos cuanta ventura puede traer el año nuevo. Por esto hemos venido aquí para tocar nuestra miaja de música y danzar juntos.

Esta arenga fué acogida con una aclamación general. A propósito, el bombo estaba borracho, ó poco menos, pero ¿qué importa?

—¡Qué dicha, en verdad—dijo Trotty, —ser estimado de esta manera! ¡Qué buenos soís, amables vecinos! ¡Y todo en obsequio de mi querida hija! ¡Pero bien lo merece!

En menos de medio segundo, todo el mundo estaba dispuesto á empezar la danza, y Meg y Ricardo iban á la cabeza de todos; el bombo iba á golpear recia-

mente su doble piel de asno, cuando se oyó de repente fuera de la sala una mezcla de ruidos extraordinarios; y una excelente mujer que parecía haber alcanzado los cincuenta, muy jovial y bien parecida, se lanzó en mitad del aposento acompañada de un hombre que llevaba un enorme jarro, seguido de cañas, platicos y campanas, no las grandes campanas de Trotty, como se comprende, sino un juego de campanas en miniatura que pendía de un cuadro diminutivo, á manera de sombrero chinesco.

—¡Aquí está Mistress Chickenstalker! —exclamó el buen anciano, y luego se sentó y se puso á golpear de nuevo sus rodillas.

—¡Casarse y no decirme nada, Meg! —exclamó la buena mujer.—¿Hubiese podido descansar la última noche del año sin venir á ofreceros la expresión de mi afecto? De ninguna manera, Meg. Aunque la enfermedad me hubiese tenido postrada en la cama. Por consiguiente, aquí me tenéis; y como estamos en el umbral del año nuevo y al mismo tiempo en el de vuestro casamiento, querida mía, he hecho preparar un pequeño ponche que os traigo aquí.

Lo que Mistress Chickenstalker llama

ba un pequeño ponche, hacía honor á su esplendidez. El jarro lanzaba nubes de vapor y de humo, como un volcán en erupción, y el hombre que lo llevaba apenas podía con su peso.

—Mistress Tugby—dijo Trotty dando vueltas y revueltas á su alrededor estasiado,—Mistress Chickenstalker, quise decir, Dios os bendiga por vuestro buen corazón. ¡Buen año nuevo acompañado de otros mill Mistress Tugby—añadió después de abrazarla—(Mistress Chickenstalker, quise decir) aquí os presento á William Fern y á Lilian.

La buena mujer, con suma sorpresa de Toby, se ruborizó y palideció á la vez.

—¿Sería por ventura Lilian Fern cuya madre murió en el Dorsetshire? —preguntó.

Su tío respondió: —La misma.—Y acercó á ella, y cambiaron rápidamente algunas palabras, cuyo resultado fué que Mistress Chickenstalker estrechó afectuosamente las dos manos de Will, besó de nuevo á Trotty en las mejillas por su propio impulso, y oprimió á la niña contra su seno opulento.

—¡Will Fern! —dijo Trotty tirando de su guante de la mano derecha.—¿Es

acaso la amiga á quien esperábais encontrar?

—Sí—respondió Will apoyando ambas manos en los hombros del anciano—y una amiga tan buena, si cabe (así lo espero) como el amigo que he encontrado en vos.

—¡Oh!—hizo Trotty.—Señores músicos, ¿queréis tener la bondad de tocar algo?

La música, las cañas, los platillos, las campanillas del sombrero chinesco, todo rompió á la vez; y á todo ello se juntó el acento de las campanas repicando con todas sus fuerzas. Trotty, haciendo pasar á Meg y á Ricardo al segundo lugar, se puso con Mistress Chikenstalker á la cabeza de la danza, abriendo el baile con ella, con un paso desconocido antes y después; un paso que tenía por base su pequeño trote particular.

¿Había soñado Trotty? ¿Sus alegrías, sus pesares, todos los actores de este drama, no son más que un sueño? ¿Trotty mismo no es un sueño? ¿El autor de este cuento no es más que un soñador que no ha despertado hasta este momento? Si es así, lector amigo, tú que le

eres tan grato en todas sus visiones, procura grabar en tu mente las serias realidades de que proceden estas sombras, y en tu esfera (ninguna es demasiado extensa, y ninguna es demasiado limitada para tal fin) esfuerzate en corregirlas, mejorarlas y suavizarlas. ¡Ojalá que el año nuevo sea feliz para tí, feliz para aquellos cuya ventura depende de tí! ¡Ojalá que cada año sea más feliz que el anterior y que hasta vuestro más humilde hermano ó hermana en Jesucristo, reciba su legítima parte de la felicidad de que nuestro Supremo Creador ha querido hacerles gozar igual que á los demás!

